

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8013

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—A. administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 10 de Setiembre de 1888



## LA SEMANA ANTERIOR

Bien tristes son los acontecimientos de que puedo dar cuenta á ustedes, ocurridos en la última semana.

Cartagena, en cuyo seno parece albergarse la más refinada semilla de las enfermedades, ha experimentado en los últimos ocho días, la pérdida de varios de sus hijos.

La juventud, la bondad y la belleza eran caracteres propios de alguno de los malogrados seres que han bajado al sepulcro; y de esta suerte el sentimiento producido es tan profundo como general.

Otros al abandonar esta vida dejan sumidos en horrible desamparo á familias que hasta entonces han ocupado buenas posiciones.

Y hay, quien, por último, al subir al cielo, asegura para siempre la existencia de dos seres que por él vivían felices y que á él dedicaban todos sus cuidados.

Entre otras y otras enfermedades, la época por que vivimos atravesando no ha de olvidarse fácilmente.

Haga el cielo que este periodo de tristezas para tantas familias, no continúe desconsolando á otras, y procure enviar para aquéllas el dulce bálsamo y la santa resignación.

Pues señor, nuestro gozo en un pozo, ó en un pantano... todo contiene agua.

La semanita anterior, ha sido semana de lluvias.

La Empresa de la plaza de Toros de Murcia, no la olvidará á buen seguro.

Todos los gozecs de que pensamos disfrutar, se han reducido. Como las corridas; porque, como ustedes saben, las tres se han limitado á dos y media. Esta la llamo así, porque si bien el ganado era de cartel, Aleas, los matadores no pasaban de ser novilleros.

Los feriantes han naufragado; pobres feriantes y pobre feria!

Creo lo mismo que «El Diario de Murcia.» La feria de dicha población debe anticiparse. En Junio no llueve, pues á Junio con ella.

Los espectáculos teatrales de verano, han terminado.

Anoche «El Reloj de Lucerna» nos lo anunciaba así, desde la escena del teatro principal.

Todo se lo debemos al agua. Por ella nos quedamos sin compañía y sin uvas.

Esto es bastante más sensible que aquello; porque compañías, tendremos; pero uvas, no.

El Principal y Mañquez, se disponen á luchar muy en breve; y esta lucha será con

armas iguales, es decir con cuadros del mismo género.

El primero lo dirigirá Vallés.

El segundo, Povedano.

Aquél tiene más nombre que éste; pero éste, aunque cante poco, canta más que aquél.

¡Veremos quién vence á quién!

Esto me hace pensar que estamos á la altura de Madrid. En la corte todos los teatros, á excepción del Real y la Comedia, por ahora, van á dedicarse á funciones por actos.

Es el género que priva, y mientras que con él se hace dinero, el arte, el verdadero arte hállase postergado ignominiosamente.

La patria que da 14 duros á la Montes, ó la Pastor, ó á la Alba, niega un mezuquino sueldo á la Antonia Contreras; y cuando aquéllas son solicitadas por multitud de empresas, ésta se halla olvidada en el rincón de su casa.

¡Comprendo que Calvo haya muerto!! ¡Si ya no hay arte, para qué vivir un artista de su talla!

## Variedades.

### RAFAEL CALVO.

Bajo el dominio de la inesperada impresión Rafael Calvo, sólo tuvimos espíritu para llorar tan sensible pérdida, recordando en conjunto los grandes merecimientos de su carrera artística.

Y hoy que todos los periódicos dedican sendos artículos á la memoria del atleta de nuestro teatro antiguo, todavía nos parece imposible que aquella energía escénica tan poderosa haya desaparecido de entre nosotros, y que no hayamos de verle más interpretando la rudeza instintiva de Segismundo de *La vida es sueño*, la cortesana alambicada del protagonista de *El desdén con el desden* de la noble abnegación del capitán en *El zapatero y el Rey*, las luchas titánicas de *Don Alvaro*, sus horribles desencantos *En el seno de la muerte*, la obligada desesperación de *El gran Galeoto* y el desarreglo cerebral de *La realidad y el delirio*, en cuya obra le aplaudimos casi por última vez en la Princesa la memorable noche de su beneficio.

Esto es lo que tiene de limitado la carrera del artista escénico. El poeta deja sus obras inmortales para deleite de las generaciones venideras; el pintor resplandece con sus cuadros en las galerías pictóricas y en los museos muchos años después de estar convertidos en polvo el cerebro que concibió la idea y la mano que realizó el prodigio.

La multitud puede decir todavía cogiendo un libro:—¡Oh, sublime Quintana! Y ante un lienzo puede exclamar palpitante de gozo:—¡Qué delicioso es Goya! Pero del artista escénico no queda más que el recuerdo.

La impresión es indudablemente vivísima; los que hemos visto al actor guardamos de él memoria impercedera durante toda la vida; tenemos presentes sus memoros gestos, su enonación de voz, sus arranques, en tal ó cual escena, los golpes de inspiración, con los cuales enviaba al público una corriente eléctrica, que se transformaba en gritos arrebatados y en delirantes aplausos, y contemplamos al través de los años al titánico intérprete recibiendo en un minuto de gloria

el premio halagador de su talento y de sus estudios.

Este recuerdo dura mientras vive la generación que ha presenciado tales victorias. Después... ¡no queda nada! Un nombre en las crónicas teatrales; una memoria tradicional sin comprobación posible.

Todos los personajes que creó Rafael Calvo sólo vivirán de hoy en adelante en nuestra memoria: ¿Quién será el que trate de encarnar en su personalidad los tipos que el malogrado actor selló profundamente con la fuerza de su talento?

Han bajado con él á la tumba multitud de escenas grandiosas, situaciones dramáticas de potente empuje, todo un mundo de pasiones, de sentimientos, de conflictos, que no se reproducirán en muchísimo tiempo; y que habrán sido el cortejo protector de aquel noble espíritu cuando en las puertas de lo infinito se haya escuchado la voz omnipotente diciendo:

¡Paso al insigne artista!

Las generaciones venideras no harán más que añadir á la lista de nuestros primeros actores este nombre:

Rafael Calvo.

Para nosotros estas dos palabras significan algo más.

Es el nombre del amigo, del caballero, del artista, á quien hemos abrazado llenos de entusiasmo en las febriles noches de alguna solemnidad artística, conversando con él sobre cuestiones de arte y estética y tomando nota en nuestra memoria de las aspiraciones que bullían en su corazón.

Todos los periódicos dan ligeras noticias de los humildes comienzos de ese ilustre actor que, á fuerza de constancia, por el impulso de su inquebrantable voluntad, se elevó en pocos años desde la más oscura insignificancia hasta la celebridad más completa.

Hoy se recuerda que Rafael Calvo estaba destinado por su padre á la carrera de Jurisprudencia. Estudió algunos años en Barcelona... Pero las vocaciones son irresistibles. Todos los grandes artistas, ó casi todos han tenido que vencer obstáculos para realizar su impulso instintivo. El verdadero artista oye una voz que le grita: «¡Por aquí!» Y esa voz es más imponente, más avasalladora que las frías indicaciones de la sociedad y los precavidos consejos de los padres.

El notable actor D. José Calvo hubiera querido hacer de su hijo Rafael un abogado. No le creía con facultades para abrazar la difícil carrera que él mismo desempeñaba con bastante lucimiento. Pero Rafael pugnó con la terquedad del que lleva consigo un germen de gloria.

Obtuvo el joven actor un papel en *La alquería de Bretaña*, melodrama que iba á representarse á beneficio de su padre; y el éxito fue tan halagüeño, que desde entonces el novel comediante pudo considerarse afiliado en la cohorte de artistas que, fingiéndose hdy reyes, mañana mendigos, ora personajes arrebatados por las pasiones más violentas, ora seres tranquilos en lucha abierta con la realidad del mundo, nos ofrecen todas las noches en las tablas un remedo de la vida.

Aparte de los cariñosos hermanos de Rafael Calvo, que comecan perfectamente todas las etapas de la vida escénica del malogrado actor que decansa hoy en el seno de la muerte, hay un ilustre y antiguo artista, en estos instantes ausente de Madrid, que guarda en los archivos de su memoria todos los pormenores de los orígenes teatrales de Rafael Calvo. Ese actor es D. Mariano Fernández.

¡Cómo habrá llorado el decano de los acto-

res cómicos la prematura muerte de aquel á quien vió comenzar tímidamente y que alcanzó en pocos años una altura tan envidiable!

Muchas veces hemos oído contar á D. Mariano Fernández y á D. Rafael Calvo reunidos la primera contrata seria de este último.

D. Mariano Fernández fue uno de los pocos que adivinaron la futura gloria del actor novicio.

—¿Quiere V. venirse de galán joven conmigo?—le preguntó una noche al concluirse la función del teatro en que ambos habían estado trabajando.

—¡Con mil amores, D. Mariano!—contestó Rafael Calvo.

Y hete ahí ya á nuestro actor andando por esas provincias de España, entre las penalidades de todo comienzo y los sueños de ambición artística que no le abandonaban un instante.

¿Quién es capaz de recordar las innumerales obras en que poco á poco fue agostando Rafael Calvo sus dotes?

La gestación, sin embargo, fue poco trabajosa. El germen artístico que atascó se dió á luz; se desarrolló, creció en poco tiempo.

Para verle algunos años después tenemos que cruzar los mares y trasladarnos á América, donde fue en compañía de D.ª Teodora Lamadrid, de D.ª Baibina Valverde, de Arjona, de Mario y de algunos otros actores. Corta y no muy fructífera fue aquella campaña. Pero volvió el joven actor poco después y actuó nuevamente en varios teatros de provincias.

Cuando vino más tarde al Español sentó pronto su planta firmísima en las tablas de una época de transición, la cual puede decirse que no se ha terminado todavía. El romanticismo estaba decadente, aunque lanzaba de vez en cuando brillantes llamadas merced al genio de sus egregios preconizadores. Antonio Vico había obtenido ruidosos triunfos en el teatro de Lope de Rueda, y Elisa Boldum empezaba á ser una estrella del arte escénico.

¿En qué pensaba entonces Rafael Calvo? En el teatro antiguo. Volvía la vista á los manuales purísimos de nuestras pasadas glorias y abarcaba con afán supremo las infinitas bellezas de Lope, de Calderón, de Tirso y de Rojas.

Su desempeño del papel de Segismundo en *La vida es sueño* fue una revelación.

El público acudía entusiasmado, más que á otra cosa, á escuchar la cadenciosa armonía de aquellos versos del gran dramaturgo, que salían en lluvia diamantina de los labios de Rafael Calvo.

Luégo, en *La Beltraneja*, acabó de cimentar su fama. ¡Había llegado á la cumbre! El eco de los aplausos llegó á todas partes. Rafael Calvo luchaba como un coloso por defender las obras que estrenaba. ¿Quién no se acuerda de la obra de Echegaray *Mar sin orillas*? La noche había sido sumamente tempestuosa. Los espectadores estuvieron á punto de venir á las manos unos con otros. El segundo acto había concluido de un modo que hacía temer por el resultado del estreno. Pero ¡ah! Rafael Calvo hizo tales esfuerzos en el acto tercero, se agitó de un modo tan enérgico, que el público rompió en frenéticos aplausos al mismo tiempo que rechazaba la obra! Rafael Calvo dejó aquella noche la bandera del arte escénico á una gran altura.

No hemos de recordar los triunfos posteriores, ni las justas ovaciones de *En el seno de la muerte*, ni el minucioso estudio que hizo del arte de la antigüedad, para trasladarnos á la época de los Faraones en *Un milagro en Egipto*.

Todas estas obras modernas, alteradas con las joyas del teatro antiguo, entre las cua-